

9458

Camilo José Cela

2733 AAG

173311



ESCRIBE

Jorge
Edwards

Dicen que Cela tenía muchas ganas de sacarse el Premio Nobel, pero la verdad es que no hacía las cosas más apropiadas para conseguirlo, y eso me parece bien, me parece digno de un escritor auténtico. Por ejemplo, se había divorciado de su esposa, la escritora Carmen Conde, y se había paseado por playas del verano, a sus setenta y tantos años, en compañía de una joven de treinta. Son achaques de la vejez, desde luego, y en los tiempos que corren no constituyen un escándalo mayor, pero se sabe que la Academia Sueca es puritana. Alguien me aseguró, hace poco, una persona entendida en estos asuntos, que la Academia no le ha dado el premio a Graham Greene porque uno de sus miembros, una escritora feminista, considera que la conducta erótica del novelista inglés deja mucho que desear. Greene ha sido condenado, como Borges, para vergüenza de la Academia, pero Cela, Camilo, ayudado por la moda de todo lo español en el escenario internacional, felizmente se ha salvado.

Camilo José Cela escribió en su juventud una obra maestra, *La familia de Pascual Duarte*, novela concisa, dura, vigorosa, impecablemente compuesta, y después, en sus numerosos libros y textos sueltos, desarrolló un lenguaje muy personal, un lenguaje derivado de las grandes fuentes españolas, de *La Celestina*, de la novela picaresca, de Francisco Quevedo. Ha sido un hombre de escritor, de cultura libre, que sabe manejar un diccionario, maneja esencial para todo escritor, y a la vez un hombre de aire libre, de viajes por el interior de España, a la manera de algunos de sus antecesores del 98, que usaban la tercera clase de los trenes, y de los autores antiguos. Cela, eso sí, había dejado hace mucho tiempo de viajar en tercera, cualquiera que fuera el

medio de transporte utilizado. A veces, cuando iba a alguna taberna madrileña a comer los jamones mejores y más caros del mundo, proponía invitar a un poeta más o menos pobreton, que quizás le recordaba las hambres feroces de su juventud.

Conoció a Cela a más veintitantos años, en el remoto Santiago de comienzos de la década del cincuenta. Llegó a una cena en casa de Teresa Hamel en compañía de los siguientes personajes literarios: Pablo Neruda, Benjamín Subercaseaux, Ricardo Latcham, Ilya Ehrenburg y Kurzio Malaparte. Erán encuentros que podían producir, por increíble que eso parezca ahora, en el Chile republicano y prehistórico. Ehrenburg era un ruso vestido de tweed, con aspecto de cascarrabias, que fumaba todo el tiempo. Malaparte me sorprendió porque se había echado encima algún perfume de calidad y porque tenía un traje de una especie de gabardina de seda que no se había visto nunca en Chile. Visitó unas poblaciones marginales en compañía de Neruda y después hizo unas declaraciones que irritaron a nuestra prensa conservadora. Dijo que no era comunista, porque en Italia, a su juicio, no había necesidad de serlo, pero que si fuera chileno militaría en el partido de Neruda. Esa noche habló, recuerdo, de la cultura azteca, y al final de la noche sedujo a una chilena intrépida, que yo le había presentado, y partió con ella al día siguiente a Italia.

En la fiesta de Teresa Hamel, Camilo José Cela batió tanques interminablemente, con un brazo levantado y la cabeza hundida junto a la de su pareja, en un estilo mixto, con algo de tocero y algo de compadrito del barrio de La Boca de Buenos Aires. Tampoco, en el Santiago de los años cincuenta, habíamos visto nunca a nadie que bailara el tango en esa forma.

Años después, en 1969, Cela viajó hasta Viña del Mar, donde se había organizado un Congreso de Escritores, y después fue a Isla Negra a comer con Pablo Neruda. Estaba rodeado, al menos para los chilenos, por cierta aureola de oficialismo y de franquismo, pero el Neruda de esa época había dejado muy atrás la manía de las exclusiones sectarias. "Cela", me dijo, en un tono un poco enigmático, que le gustaba cultivar, "es un verdadero escritor". Esperé que me dijera algo más, pero eso fue todo.

Por fin, en Barcelona, allá por el año de gracia o desgracia de 1975, volví a encontrar a Cela. Esto ocurrió en el Palacio Güell, a un costado de las ramblas, durante la fiesta de presentación de un modelo nuevo de encendedores. El presentador era el propio Cela, que por cumplir esta curiosa función cobraba bastante caro. Hablamos de Chile, de los tristes sucesos chilenos, y él me empezó a contar, de pronto, su versión de aquella fiesta en casa de Teresa Hamel. Iba a relatar un final de fiesta más o menos escabroso, pero tres señoras llenas de joyas llegaron a reclamarlo. "Perdona", me dijo: "La conversación se estaba poniendo interesante, pero yo tengo que volver a hacer de...". y pronunció aquí una palabra que se imprime sin tapujos en la prensa española de hoy, que aparece en el Quijote y que corresponde a la profesión más antigua del mundo, pero que los medios de comunicación chilenos, pádicos y provincianos, todavía no se atreven a usar.

Camilo José Cela es un hombre que no se come las palabras, que trabaja con ellas, que ha vivido en función de ellas. Se merecía, por eso, el Premio Nobel, y yo, por mi parte, me alegro mucho de que se lo hayan dado.

La Segunda

20-X-1990 P.8

DIRECTOR:
Cristian Zepeda ArizolaEDITORIA:
Servicios Informativos
Pilar Virginia TaylorREPRESENTANTE LEGAL:
Jenny Kalka FrankeDIRECCIÓN: REDACCIÓN Y TALLERES
AVDA. SANTA MARÍA 5542
FONO 2287044 (Mesa Central)

Camilo José Cela [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Camilo José Cela [artículo] Jorge Edwards.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile